



CIMIENTOS

Elena Gimeno

Hola, mi pequeña. Hoy fui al mercado como cada día. Me encanta ese sitio. Aunque lo vea a diario no deja de sorprenderme. Podría parecer una antigua estación de tren en medio de la ciudad, con su imponente arquitectura de hierro, ladrillo y cristal; aunque en realidad está construida como una catedral, con tres naves y la central más alta y ancha. Estoy segura de que te gustaría perderte por sus pasillos llenos de aromas y de gente, e ir descubriendo todas las esculturas de animales y vegetales que hay. Yo hacía eso de pequeña. Mi preferida era la de los peces que están tallados en una de las columnas de la entrada.

Han abierto un puesto nuevo de pescado en el pasillo central, donde había unos atunes enormes y me acordé de cuando estaba en Tokio y fui a ver la subasta de atunes de Tsukiji. Tuve que madrugar mucho, pero mereció la pena. ¡Qué impresionante! La actividad frenética y el griterío en un idioma desconocido cuando aún no ha amanecido, el tamaño de esos peces y su brillo; me acuerdo de eso, porque aún contenía un poco de vida. En los pasillos del mercado, cuando veo las borrajas, los cardos, todas las verduras cultivadas en los grandes campos aragoneses, pienso en cuántas veces eché de menos esos productos cuando estaba fuera.

En San Francisco me pateaba todos los sitios de la ciudad para encontrar productos españoles y

aceite de oliva para las noches de cena temática con mis compañeras de piso. Se les saltaban las lágrimas comiendo, por un lado de alegría, porque no les gustaba mucho cocinar; pero siempre decían que lo que preparaba tenía mucha emoción.

El sabor de las cosas de tu tierra cuando no estás en ella. Magia, es como viajar en el tiempo, pero me arrastraba a un sentimiento de melancolía que pesaba más de lo que podía soportar.

Nunca antes había sentido interés en las comidas típicas como el ternasco, las migas o el arroz caldoso con borraja y cigalas (que no solía comer); ni en cómo preparaba mi madre algunas de sus recetas: la pepitoria, con su salsa espesa de majada y almendras, o el chilindrón que solía cocinar los domingos, y esa quesada que le salía tan buena. Es curioso que aprendiera todo esto estando tan lejos. Quizá la necesitaba a ella cerca.

Muchas veces me acuerdo de eso cuando paseo por el mercado, pero hoy me acordé de ti.

De repente tuve unas ganas inmensas de poder contarte muchas cosas.

Fue allí, en el mercado de Zaragoza, donde me enteré de tu existencia. Me lo dijo una voz monótona, acostumbrada a dar todo tipo de noticias, y dando por sentado que ya lo sabía. Ni siquiera pude responder. Me puse a llorar en las escaleras de piedra sin saber qué hacer.

Miraba con los ojos empañados los restos de la muralla y pensaba: esta ciudad está en ruinas, igual que yo.

Era invierno. Los días eran lentos y densos como una letanía. Yo no podía hundirme en mis sentimientos, así que hacía lo que fuera para que los días pasaran deprisa, hasta que confundía el martes con el viernes y el día con la noche.

Acababa de dejar una relación que me hacía muy infeliz.

Me había bebido todo Zaragoza y dormido en más camas de las que puedo recordar.

Necesitaba poner tierra de por medio y Chile me acogió con los brazos abiertos. Con esa cadencia tan dulce que tienen al hablar y llamándome *mihija*. Cada vez que lo oía se me saltaban las

lágrimas, porque sí, me sentía como una niña, pequeña y vulnerable.

Allí conocí a Rosalinda, que fue mi ángel de la guarda. Tenía 73 años, la piel tostada y llena de arrugas y unos ojos que me decían que había vivido mucho, y que todo iba a estar bien. A veces le ayudaba a hacer cestos de mimbre en su porche mientras veíamos la vida en la calle. No hablábamos mucho, pero ella lo sabía todo y me hacía sentir segura.

Poco a poco hice amigos: Gabri, que me cantaba canciones y con ello me contaba sus sueños; Elena, que me hacía ponerme guapa para salir a cenar y me colocaba flores en el pelo. Caminábamos por calles que eran poco más que arena, pero parecía el paraíso. Íbamos a un antro diminuto a tomar "terremotos" (bebida de vino *pipeño* blanco y helado de piña) y estábamos hasta las tantas bailando o hablando hasta que nos quedábamos dormidos. Así empezaron las confianzas y poco a poco pude hablar de mi vida, aceptar que estaba perdida, que necesitaba ayuda.

Esa tierra me devolvió a mí misma. Por fin estaba recomponiendo las piezas.

Necesité irme muy lejos para entender que este era mi hogar. Necesité volar para poder volver a casa. Y ahora voy al mercado cada día, y la mezcla de olores me recuerda a todos los lugares a los que viajé, todas las vidas que viví, e incluso me permite imaginarme algunas más; pero ya no quiero huir. Me siento por fin en casa.

Hoy salí del mercado, bajé las escaleras de piedra y atravesé todas las ruinas, que hoy veo más que nunca como cimientos que aún permanecen, que siempre permanecerán fuertes y atemporales, sabiendo que sobrevivirán a todo y a todos. En el puente me gusta quedarme mirando el reflejo de la ciudad en el agua, pero hoy he seguido caminando sin desviarme hasta llegar a casa. He soltado todo y me he puesto a escribirte. Necesitaba que supieras algo de mí.

Siento mucho no haber podido conocerte. En aquel momento no podía llevarte conmigo.

Pienso en ti cada día.

Mamá

Ilustración: Pablo Moncloa

